

Sylvia Plath

(Boston, 1932 – Londres, 1963)



Tertulias poéticas
Biblioteca municipal de Irún
26 de abril de 2010

<http://tertuliaspoeticas.blogspot.com/>

SELECCIÓN POÉTICA

(Todos los poemas han sido tomados de Poesía completa, Bartleby Editores, 2008. Traducción y notas de Xoán Abeleira. Edición de Ted Hughes.)

CONVERSACIÓN ENTRE LAS RUINAS

Cruzando el pórtico de mi elegante casa, entras majestuoso,
con tus salvajes furias, desordenando las guirnaldas de fruta
y los fabulosos láudes y pavones, rasgando la red
de todo el decoro que refrena el torbellino.
Ahora, el lujoso orden de los muros se ha desmoronado; los grajos graznan
sobre la espantosa ruina; bajo la luz desoladora
de tu mirada tormentosa, la magia huye volando como una bruja
acobardada, abandonando el castillo cuando los días reales amanecen.

Unos pilares resquebrajados enmarcan este paisaje de rocas;
mientras tú te yergues heroico, con chaqueta y corbata, y yo permanezco
sentada tranquilamente, con una túnica griega y moño a lo Psique,
enraizada en tu negra mirada, la obra se vuelve trágica:
después de la plaga que ha asolado nuestra heredad,
¿qué ceremonia de palabras puede enmendar todo ese estrago?

PERSPECTIVA

Entre los tejados color naranja
y los cañones de las chimeneas
se desliza la niebla de los pantanos,
gris como las ratas,

mientras en la rama alunarada
del sicomoro
dos grajos se encorvan negros,
brillan oscuramente,

aguardando la noche,
con su mirada de absenta
apuntada a la solitaria, rezagada
figura que pasea.

CARTA A UN PURISTA

Ese grandioso coloso que
se erguía a horcajadas
frente a los envidiosos embates del mar
(el cual intentaba, ola tras ola,
marea tras marea,
continuamente, acabar con él),
no tiene nada de ti,
oh amor mío,

oh gran idiota mío que,
con un pie
atrapa (digamos) en la alcantarilla
de carne y hueso,
dudas sin coger la otra salida
en las absurdas provincias de la alocada
babia,
observando boquiabierto la impecable luna.

MAYFLOWER

Durante todo el negro invierno, los rojos acerolos resistieron
el asalto de las ventiscas que lanzaban los severos cielos,
y, brillantes como gotas de sangre, demostraron que un árbol valiente
nunca muere si su raíz es fuerte y su resolución firme.
Ahora, mientras la verde savia asciende por el tronco en forma de chapitel,
los arbustos asombran nuestros ojos con unas flores tan blancas
como si brotasen del mismísimo báculo de José, evidenciando
que la belleza nacida de la audacia es mucho mas valiosa.

Por eso, cuando los tenaces descendientes de la isla decidieron
abandonar su hogar y su tierra para arar su peregrinaje
surcando el lóbrego e inseguro Atlántico,
se acordaron de los blancos y triunfantes ramos
de los acerolos, y, con anhelo de persistir,
bautizaron su barco con ese nombre, en honor de la flor de mayo.

HISTORIA NATURAL

Aquel altivo monarca, el Monarca de la Mente,
reinaba con su sangre azul en un país vulgar;
la Filosofía Pura, su auténtica pasión, le absorbía los sesos.
Mientras sus súbditos pasaban hambre y penurias,
él conversaba con las estrellas y los ángeles,

hasta que, hartos de los devotos aires de su regente,
aquellos seres vinculados a la tierra se alzaron con un solo cuerpo
y ataron los nervios reales al potro de tortura.
Entonces el Rey Lumbrera vio resquebrajarse su poder,
su corona usurpada por la frente de baja estofa
del bárbaro y vil Príncipe Ay.

ESCULTOR

Para Leonard Baskin

A esta casa vienen si cesar
los seres sin cuerpo, a trocar con él
visión y sabiduría de los cuerpos
graves y palpables como el suyo.

Sus manos, más sacerdotales que
las de un sacerdote, invocan no vanas
imágenes de luz y de aire sino estaciones
seguras, esculpidas en bronce, madera, piedra.

Un ángel obstinado, desnudo, tallado
en madera de densas fibras, obstruye y modela
la débil luz; con los brazos cruzados,
observa cómo su mundo ingente eclipsa

mundos inanes de nube y de viento.
El bronce muerto, resistente,
de cuerpo rojizo, domina el suelo
empequeñeciéndonos. Nuestros cuerpos

arden vacilantes la extinción
en esos ojos que, sin él, carecían
de lugar, de tiempo, de cuerpo propio.
Espíritus émulos crean discordia,

intentan entrar, introducir pesadillas,
hasta que su cincel les otorgue
una vida más viva que la nuestra,
una respuesta más sólida que la de la muerte.

LORELEI

Ésta no es una noche para ahogarse:
la luna llena, un río negro fluyendo
bajo un suave brillo de espejo,

la acuosa neblina azul dejando caer
telón tras telón, como redes de pesca,
aunque hoy los marineros estén durmiendo;

las macizas torres del castillo
duplicándose en un cristal que es
todo quietud. Aun así, estas formas flotan,

ascienden hacia mí, perturbando el rostro
de la calma. Desde el nadir
se alzan, con sus suntuosos miembros

graves, sus cabellos más pesados
que el mármol esculpido. Cantan algo
sobre un mundo más pleno y más claro

que el posible. Hermanas, vuestra canción
conlleva una carga insoportable
para el oído acaracolado que la escucha

aquí, en este país bien regido
por un gobernante ecuaníme.
Con esa armonía perturbadora,

más allá del orden mundano,
vuestras voces levantan un cerco. Moráis
en los agudos escollos de la pesadilla,

prometiéndolo un abrigo seguro;
de día, discantáis desde los límites
del embotamiento, y también desde el alféizar

de los ventanales. Pero peor aún
que vuestro canto enloquecedor
es vuestro silencio. En el manantial

del reclamo de vuestros corazones helados
brota la ebriedad de las profundidades.
Oh río: hundidas en tu abisal

corriente de plata, veo flotar
a aquellas grandes diosas de la paz.
Piedra, piedra, llévame allí abajo.

YO QUIERO, YO QUIERO

Abriendo la boca, el pequeño dios inmenso,
calvo a pesar de su cabeza infantil,
pidió a gritos el pecho de su madre.
Los dos volcanes secos se cuartearon y escupieron,

la arena abrasó los labios sedientos de leche.
El niño pidió entonces sangre a su padre,
que puso a trabajar a la avispa, al lobo y al tiburón,
y luego ideó el pico del alcatraz.

Sin una lágrima en los ojos, el inveterado patriarca
creó a los hombres de carne y hueso,
púas en la corona de alambre enrojecido,
espinas en el tallo de la rosa encarnada.

AHORA TODO ESTÁ EN ORDEN

Desgraciado el héroe que nace
en esta provincia del disco rayado
donde los cocineros más avispados están en paro
y el asador del alcalde gira
por cuenta y voluntad propias.

No hay ventura alguna en correr
a caballo contra una lagartija,
y menos cuando ésta ha menguado hoy

al tamaño de una hoja, por falta de acción:
la historia ha vencido al azar.
La última bruja ardió
hace más de dos décadas
junto con la hierba de la pasión y el gato que habla,
pero los niños están mejor gracias a eso,
las vacas dan una nata de tres centímetros de espesor.

SECUELAS

Atraídos por el imán de la desgracia,
merodean y fisgan como si la casa
quemada fuera de ellos, o como si esperasen
que en cualquier momento saliese del armario,
asfixiado por el humo, un escándalo a la luz;
ni las muertes ni las prodigiosas maldiciones
sacian a estos husmeadores de carne pasada,
de rastros de sangre derramada en severas tragedias.

Madre Medea, envuelta en su túnica verde,
deambula con la humildad de cualquier ama de casa
por sus estancias devastadas, haciendo inventario
de los zapatos calcinados, de los tapices amalgamados:
la turba, rabiosa y desilusionada
por haberse visto privada de la pira y del tormento,
le sorbe la última lágrima y le da la espalda.

METÁFORAS

Soy un acertijo en nueve sílabas.
Un elefante, una casa maciza,
un melón paseando sobre dos zarcillos.
¡Oh, fruta roja, marfil, finas vigas!
Esta hogaza se agranda cuando fermenta su levadura.
El dinero está recién acuñado en este grueso monedero.
Soy un medio, una etapa, una vaca preñada.
Me he comido una bolsa de manzanas verdes,
una vez en el tren, ya no hay forma de apear-se.

EL HOMBRE DE NEGRO

Allí, donde el mar gris
embiste y absorbe
los tres espigones magentas,

a la izquierda, y allí, donde el oleaje
se despliega sobre el pardo
promontorio de la prisión de

Deer Island, cercada de alambres
de púas, con sus cuidadas pocilgas,
sus gallineros y sus pastos para el ganado,

a la derecha, donde el hielo de marzo
vidria aún los charcos de las rocas,
se alzan los acantilados de arena color chamusquina

sobre una gran lengua pétrea
que la marea baja deja al descubierto.
Y tú, cruzando esas blancas

piedras, paseabas con tu abrigo
negro difunto, tus zapatos negros, y tu
pelo negro, hasta que te paraste

un momento, un vórtice fijo
en aquella punta lejana, aglutinando
piedras, aire, todo a la vez.

EL COLOSO

Nunca conseguiré recomponerte del todo,
armarte, encolarte y ensamblarte adecuadamente.
De tus enormes labios surgen
rebuznos, gruñidos y cacareos obscenos.
Esto es peor que vivir en un corral.

Supongo que te crees un oráculo,
el portavoz de los muertos o de algún que otro dios.
Treinta años llevo ya luchando
por drenar el cieno de tu garganta,
y aún no sé por qué.

Trepando por mis escalerillas, con botes de pegamento
y cubos de lisol, me arrastro como una hormiga
enlutada por los herbazales de tu ceño
para arreglar tus inmensas placas craneales y limpiar
los túmulos blancos, vacíos de tus ojos.

Un cielo azul, como de la Orestíada,
se arque sobre nosotros. Oh, Padre, tú mismo
ya eres tan retórico y arcaico como el Foro Romano.
Saco mi almuerzo en una colina de cipreses negros.
Tus huesos estriados y tus cabellos de acanto se confunden

esparcidos en su viejo caos hasta el horizonte.
Haría falta algo más que la descarga de un rayo
para crear una ruina semejante.
De noche, me acurruco en la cornucopia
de tu oído izquierdo, resguardada del viento,

contando las estrellas rojas y esas otras de color ciruela.
El sol sale por detrás del pilar de tu lengua.
Mis horas se han desposado en la sombra,
y ya he dejado de escuchar el roce de una quilla
contra las piedras lisas del muelle.

EL AHORCADO

Asiéndome del cabello, un dios se adueñó de mí.
Sus descargas azules me achicharraron como a un profeta del desierto.

Las noches se volvieron invisibles, como el tercer párpado de un lagarto,
un mundo de días blancos y escuetos en una cuenca sin sombra.

Un hastío rapaz me ató a este árbol.
Si ese dios fuera yo, haría lo que hice.

LOS REYES MAGOS

Las abstracciones penden en el aire como ángeles aburridos:

Nada tan vulgar como una nariz o un ojo

Vigilando la extrema palidez de sus rostros ovalados.

Su blancura no es producto de la limpieza,

La nieve, la tiza ni nada parecido. Ellos son

Lo Real, vale: los Buenos, los Verdaderos,

Saludables y puros como el agua hervida,

Y exentos de amor, como la tabla de multiplicar.

Mientras, la niña sonríe en el aire rarificado.

Tan sólo lleva seis meses en el mundo y ya puede

Andar a gatas como una hamaca con patas.

Para ella, la pesada noción del Mal que acecha su cuna

Tiene menos importancia que un dolor de tripa,

Y el Amor, su ama de leche, no es ninguna teoría.

Esa gente de Dios hecha de papel se confunde de estrella,

En realidad busca la cuna de algún Platón lumbreras.

Dejémosles, pues, que asombren el corazón de éste con sus respectivos méritos.

Pero ¿qué niña podría florecer en semejante compañía?

MUJER ESTÉRIL

Vacía, resueno hasta cuando doy el más ligero paso,
museo sin estatuas, grandioso con sus pilares, pórticos, rotondas.
En mi patio, una fuente brota y se abisma en sí misma,
con corazón de monja y ciega ante el mundo. Lirios de mármol
exhalan su palidez como un aroma.

Me imagino a mí misma frente a un público numeroso,
madre de una blanca Niké y de varios Apolos sin párpados.
Pero, en vez de eso, los muertos me hieren con sus atenciones, y nada puede ocurrir.
La luna posa una mano sobre mi frente,
impávida y callada como una enfermera.

ÚLTIMAS PALABRAS

No quiero una caja sencilla, sino un sarcófago
con rayas de tigre y una cara pintada en él,
redonda como la luna, para escrutar el cielo.
Porque quiero mirarlos cuando vengan
abriéndose camino entre los mudos minerales, las raíces.
Ya puedo verlos: esos rostros macilentos, a la distancia de los astros.
Ahora no son nada, ni siquiera unos bebés.
Me los imagino sin padres ni madres, como los primeros dioses.
Seguramente me preguntarán si yo era alguien importante.
¡Debería endulzar y conservar mis días como frutas!
Mi espejo se está nublando: unas cuantas vaharadas más
y dejará de reflejar todo. Las flores y los rostros
devienen en sábanas a fuerza de emblanquecer.
No me fio del espíritu. Escapa como el vapor
en sueños, por el orificio de la boca o del ojo. No puedo detenerlo.
Un día de éstos ya no volverá. Las cosas, en cambio, no son así.
Ellas permanecen, con sus pequeños lustres particulares
siempre avivados por el uso. Si hasta casi ronronean.
Cuando las plantas de mis pies se enfríen,
el ojo azul de mi turquesa me confortará. Dejad, pues, que me quede
con mis cacerolas de cobre, dejad que mis tarros de maquillaje
florezcan a mi alrededor como flores nocturnas, con su agradable aroma.
Ellos me vendarán todo el cuerpo, envolverán mi corazón
con fina pulcritud y lo pondrán a mis pies.
Ni yo misma me reconoceré. Y, como todo estará oscuro,
el brillo de esos objetos me parecerá más dulce que el rostro de Istar.

APRENSIONES

Una pared blanca, sobre la cual el cielo se crea a sí mismo:
infinito, verde, absolutamente intocable.
Los ángeles nadan en él, y los astros, con idéntica indiferencia.
Ellos son mi medium.
El sol se disuelve en la pared, sangrando sus luces.

Ahora una pared gris, rasguñada y sanguinolenta.

¿No hay ninguna manera de salir de la mente?
Tras de mí, pasos que descienden en espiral a un pozo.
No hay árboles ni pájaros en este mundo,
tan sólo amargura.

Esta pared roja se retuerce continuamente de dolor:
un puño rojo, abriéndose y cerrándose,
dos bolsas grisáceas, como de papel.
De eso es de lo que yo estoy hecha; de eso y del pánico a que lleven
a empujones, bajo una marea de cruces y una lluvia de pietás.

Sobre una pared negra, pájaros imposibles
de identificar giran la cabeza mientras chillan.
¡ninguno de ellos habla de inmortalidad!
Fríos espacios vacíos avanzan hacia nosotros,
acercándose a toda prisa.

PALABRAS OÍDAS CASUALMENTE POR TELÉFONO

Oh, este lodo, este lodo, ¡fluyendo a mares!
Espeso como un café extranjero, y a un ritmo tan moroso.
¿Diga, diga? ¿Quién es?
Éste es el rimo del intestino, tan amante de lo digerible.
Es él quien ha articulado estas sílabas.

Pero ¿qué significan estas palabras, estas palabras
que borbollan como el lodo?
Oh Dios, ¿cómo voy a limpiar luego la mesilla del teléfono? Si no paran
de fluir de los miles de agujeros del auricular, buscando quien las escuche.
¿Está él ahí?

Ahora la habitación es un siseo continuo. El aparato
retira su tentáculo.
Pero la freza que deja penetra mi corazón. Sus huevas son fértiles.
Embudo de estiércol, embudo de estiércol:
eres demasiado grande. ¡Deberían retirarte del mercado!

UN REGALO DE CUMPLEAÑOS

¿Qué es lo que oculta ese velo? ¿Es algo bonito o feo?
Eso que brilla tanto, ¿tiene pinchos? ¿Tiene filos?

Seguro que es algo único. Seguro que es justo lo que quiero.
Mientras cocino tranquilamente, noto su mirada, escucho lo que piensa:

“¿Es ésta la persona ante quien debo aparecerme?
¿Es ésta la elegida, la de las ojeras negras y la cicatriz en la cara?

¿La que ahora está pesando la harina, quitando lo que sobra,
ajustándose a las reglas, las reglas, las reglas?

¿Es ésta la destinataria de la anunciación?
Dios! ¡Qué risa me da!”

Sea lo que sea, no para de brillar, y hasta creo que me quiere.
No me importaría que fuesen huesos, o un broche de perlas.

Aunque, la verdad, no espero mucho del regalo de este año.
Después de todo, estoy viva de casualidad.

De buena gana me habría matado aquella vez, de una otra manera.
Y ahora está ese velo ahí, ondulando y refulgiendo como un telón,

como la cortina de satén translúcido de una ventana de enero,
reluciente como las sábanas de un niño, centelleando con su aliento letal. ¡Oh marfil!

Debe de haber un colmillo ahí detrás, una columna fantasma.
Aunque me da igual lo que sea, ¿no te das cuenta?

¿Por qué no me lo das de una vez?
No te avergüences: no me importa que sea pequeño.

No seas tacaño: a mí no me espanta la enormidad.
Sentémonos a admirar, uno a cada lado, su destello,

su relumbrante esmalte, su espejeante variedad.
Tomemos nuestra última cena en él, como en un plato de hospital.

Ya sé por qué no quieres dármelo:
tienes pánico

de que el mundo entero estalle en un grito, y tu cabeza de tirano
esculpida en relieve, fundida en bronce, como un escudo antiguo,

esa maravillosa herencia para tus biznietos, estalle con él.
No temas: eso no va a ocurrir.

Me limitaré a cogerlo y a apartarme en silencio.
Ni siquiera me oirás abrirlo: no sentirás crujir el papel,

caer el lazo, ni chillaré al final -suponiendo
que me tengas por una persona tan discreta, que no lo creo.

Si al menos comprendieras que este velo está matando mis días.
Para ti es sólo una transparencia, aire puro.

Pero, Dios, las nubes parecen de algodón:
hay un ejército de ellas. Son monóxido de carbono.

Suave, suavemente lo aspiro,
llenando mis venas con ese millón de invisibles

pero probables partículas que perturban los años de mi vida.
Te has vestido de gala para la ocasión. Ah, máquina calculadora,

¿jamás dejas que nada se te escape y siga su curso normal?
¿siempre tienes que estampar todo en púrpura,

matar todo cuanto puedes?
Hoy sólo quiero na cosa, y sólo tú puedes dármela.

Está ahí, junto a mi ventana, tan grande como el cielo.
Respirando desde mis folios, ese frío punto muerto

en que las vidas derramadas se congelan y atiesan para la historia.
Que no llegue por correo, por favor, pedazo a pedazo.

Que no pase de boca en boca, pues me darían los sesenta
cuando lograra juntarlo todo, y ya no estaría en condiciones de usarlo.

Basta con que retires el velo, el velo, el velo.
Si lo que oculta es la muerte,

aceptaría su profunda gravedad, sus ojos atemporales.
Y sabría que eres serio.

Habría cierta nobleza en esto, habría un día de cumpleaños.
Y el cuchillo, en vez de cortar, penetraría

puro y limpio como el chillido de un niño,
haciendo que el universo se escabuliese de mi costado.

PAPI

Tú ya no, tú ya no
me sirves, zapato negro
en el que viví treinta años
como un pie, mísera y blancuzca,
casi sin atreverme ni a chistar ni a mistar.

Papí, tenía que matarte pero
moriste antes de que me diera tiempo.
Saco lleno de Dios, pesado como el mármol,
estatua siniestra, espectral, con un dedo del pie gris,
tan grande como una foca de Frisco,

y una cabeza en el insólito Atlántico
donde el verde vaina se derrama sobre el azul,
en medio de las aguas de la hermosa Nauset.
Yo solía rezar para recuperarte.
Ach, du.

En tu lengua alemana, en tu ciudad polaca
aplastada por el rodillo
de guerras y más guerras.
Aunque el nombre de esa ciudad es de lo más corriente.
Un amigo mío, polaco,

afirma que hay una o dos docenas.
Por eso yo jamás podía decir dónde habías
plantado el pie, donde estaban tus raíces.
Ni siquiera podía hablar contigo.

La lengua se me pegaba a la boca.

Se me pegaba a un cepo de alambre de púas.

Ich, ich, ich, ich.

Apenas podía hablar.

Te veía en cualquier alemán.

Y ese lenguaje tuyo, tan obsceno.

Una locomotora, una locomotora

silbando, llevándome lejos, como a una judía.

Una judía camino de Dachau, Auschwitz, Belsen.

Empecé a hablar como una judía.

Incluso creo que podría ser judía.

Las nieves del Tirol, la cerveza rubia de Viena

no son tan puras ni tan auténticas.

Yo, con mi ascendencia gitana, con mi mal hado

y mi baraja del Tarot, y mi baraja del Tarot,

bien podría ser algo judía.

Siempre te tuve miedo: a ti, a ti

con tu Luftwaffe, con tu pomposa germanía,

con tu pulcro bigote y esa

mirada aria, azul centelleante.

Hombre-pánzer, hombre-pánzer, ah tú...

No eras Dios sino una esvástica

tan negra que ningún cielo podía despejarla.

Toda mujer adora a un fascista,

la bota en la cara, el bruto

bruto corazón de un bruto como tú.

Mira, papi, aquí estás, delante del encerado,

en esta foto tuya que conservo,

con un hoyuelo en el mentón en lugar de en el pie,

mas sin dejar por eso de ser un demonio,

el hombre de negro que partió

de un bocado mi lindo y rojo corazón.

Yo tenía diez años cuando te enterraron.

A los veinte intenté suicidarme

para volver, volver a ti.

Creían que hasta los huesos lo harían.

Pero me sacaron del saco

y me amañaron con cola.
Y entonces supe lo que tenía que hacer.
Creé una copia tuya,
un hombre de negro, tipo Meinkampf,

amante del tormento y la tortura.
Y dije sí, sí quiero.
Pero, papi, se acabó. He desconectado
el teléfono negro de raíz, las voces
ya no pueden reptar por él.

Si ya había matado a un hombre, ahora son dos:
el vampiro que afirmaba ser tú
y que me chupó la sangre durante un año,
siete años, en realidad, para que lo sepas.
Así que ya puedes volver a tumbarte, papi.

Hay una estaca clavada en tu grueso y negro
corazón, pues la gente de la aldea jamás te quiso.
Por eso bailán ahora, y patean sobre ti.
Porque siempre supieron que eras tú, papi,
papi, cabrón, al fin te rematé.
MEDUSA

Lejos de esta lengua de piedras ígneas expulsadas por la boca,
con los ojos puestos en blanco y cada vez más ciegos,
siempre prestando oídos a las incoherencias del mar,
albergas tu espantosa cabeza: bola de Dios,
lente de piedades,

tus secuaces
moldeando sus células salvajes a la sombra de mi quilla,
presionando de cerca como corazones,
un estigma rojo en el mismísimo centro,
navegando contracorriente hasta el lugar más cercano de partida,

arrastrando su larga cabellera de Cristo.
¿Habré escapado al fin?, me pregunto.
Mi mente serpentea como una espiral hacia ti,
viejo ombligo cubierto de percebes, cable transatlántico
que, al parecer, te mantienes en un estado miagroso.

El caso es que siempre estás ahí,
trémula respiración al otro lado de mi línea,
curva de agua que manas

ante mi vara de zahorí, deslumbrante y agradecida,
afectuosa y absorbente.

Yo no te llamé.
Yo no te llamé de ninguna manera.
Y aún así, aún así viniste
cruzando el mar como una borrasca,
gruesa y roja, una placenta

que paraliza el combate de los amantes.
Luz de cobra
oprimiendo las camanillas de sangre de la fucsia
hasta cortarles el aliento. Yo tampoco podía respirar,
arruinada, muerta como lo estaba,

sobreexpuesta, igual que una radiografía.
¿Pero quien te crees que eres?
¿La Sagrada Forma? ¿La Virgen Llorona?
No pienso probar ni un solo bocado de tu cuerpo,
botella en la que vivo,

sinistro Vaticano.
Estoy harta, asqueada de sal caliente.
Tus deseos, verdes como eunucos,
silban continuamente recriminándome mis pecados.
¡Fuera, fuera, tentáculo anguila!

No hay nada entre nosotros.

ARIEL

Estasis en la oscuridad.
Después, el azul e insustancial
diluvio de peñascos e infinitudes.

Leona de Dios,
eje de tacones y rodillas,
¡cómo nos fundimos en una! El surco

se abre y avanza ante nosotras, hermana
a cuya cerviz marrón y
arqueada no consigo asirme,

las bayas con mirada de negro
lanzan oscuros
anzuelos,

bocanadas de sangre negra y dulce,
sombras.
Algo más

me lleva por el aire, arrastra
muslos, cabellos;
escamas que se desprenden de mis talones.

Blanca
Godiva, así me voy esfolando, despojando
de manos muertas, de rigores muertos.

Y ahora voy dejando
espuma sobre el trigo, un centelleo marino.
El grito del niño

se disuelve en la pared.
Y yo
soy la flecha.

El rocío que vuela
suicida, unida a esta fuerza
que me impulsa hacia el ojo

encarnado, el caldero del alba.

LOS EMISARIOS

¿La palabra de un caracol en el haz de una hoja?
No es mía. No la aceptes.

¿Ácido acético en una lata precintada?
No lo aceptes. No es auténtico.

¿Un anillo de oro con el sol engarzado en él?
Mentiras. Mentiras y pesar.

Escarcha en una hoja, el caldero
inmaculado, hablando y vaticinando

sólo para él en la cima de cada uno
de los nueve Alpes negros,

turbulencia de los espejos,
el mar pulverizando el suyo de color gris.

Amor, amor: mi única estación.

NIÑO

Tu mirada clara es la única cosa absolutamente hermosa.
Y yo quiero llenarla de color y de patos,
con el zoo de los seres nuevos

en cuyos nombres piensas-
Campanilla de Febrero, Pipa de Indio,
pequeño

tallo sin arrugas,
estanque en el que las imágenes
deberían ser clásicas, grandiosas-

y no con este angustioso
retorcer de manos, este oscuro
techo sin estrellas.

PALABRAS

Hachas
con cuyos golpes resuena la madera,
¡y los ecos!
Ecos que parten
desde el centro, como caballos.

La savia
brota como las lágrimas, como el
agua que se esfuerza
en reestablecer su espejo
en la roca,

deshaciendo y horadando
este cráneo blanco,
carcomido por las malas hierbas.
Años después, vuelvo
a encontrármelas por el camino:

las palabras secas y sin jinete,
el estruendo incansable de los cascos.
Mientras,
desde el fondo de la charca, las estrellas fijas
gobiernan una vida.

GLOBOS

Llevan viviendo con nosotros desde Navidad,
animales con alma,
ovalados, francos y transparentes,
ocupando la mitad de nuestro espacio,
moviéndose y rozándose en las sedosas

corrientes de aire invisible,
chillando y estallando cuando los atacan,
para luego huir disparados y descansar al fin, con un leve temblor.
Serviola amarilla, pez azul...
¡Con qué extrañas lunas vivimos

en vez de con un mobiliario muerto!
Unas esteras de paja, las paredes blancas
y estos globos viajeros
de aire liviano, rojos, verdes,
que deleitan

nuestros corazones como deseos o pavos reales
libres, bendiciendo
la vieja tierra con una pluma
fraguada en metales estelares.
Tu hermano

pequeño está haciendo
maullar como un gato a su globo,
y, como si estuviese viendo
un mundo gracioso, de color rosa, comestible, al otro lado de él,
lo muerde

y luego vuelve
a sentarse, jarra gruesa
contemplando un mundo claro como el agua,
con una tira
roja en su mano.